

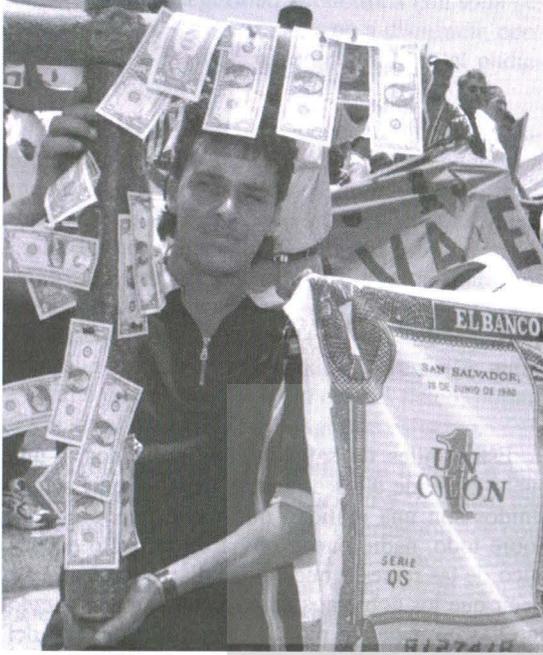
El círculo vicioso de las remesas

En el contexto de la guerra civil salvadoreña se gestó un proceso de emigración el cual, sin que en aquellos años se pudiera siquiera vislumbrar, terminaría por convertirse en uno de los soportes del modelo económico de la postguerra. Antes del estallido del conflicto armado, la emigración de salvadoreños a Estados Unidos, y a otras partes del mundo, era poco significativa, en términos económicos, sociales y culturales. Incluso durante los años más crudos de la guerra —cuando aquella estaba fuertemente condicionada por motivos políticos—, las implicaciones del movimiento migratorio, en virtud del cual grupos cada vez más significativos de salvadoreños y salvadoreñas se desplazaban no solo a Estados Unidos, sino también a México, Canadá, Australia y, en menor medida, a España, Italia, Alemania, Holanda y Suecia, no eran tan evidentes.

Cuando finalizó la guerra civil, salió a relucir otra motivación, distinta a la de carácter político, para emigrar: la económica. Esta motivación comenzó a ganar fuerza antes de la finalización del conflicto armado, pero solo cuando este concluyó se presentó con nitidez. Y, después de 1992, se convirtió en prácticamente la motivación exclusiva para desplazarse hacia aquellos destinos que prometían las mejores oportunidades. El destino preferido, en parte por su cercanía relativa, fue y sigue siendo Estados Unidos. Es cierto que muchos salvadoreños y salvadoreñas no eligieron Estados Unidos; sin embargo, la gran mayoría de los que decidieron emigrar, desde la segunda mitad de los años ochenta, lo hicieron a este país. De esta forma, abrieron la brecha para que otros salvadoreños los siguieran, con lo cual crearon un flujo migratorio que, desde entonces, no se ha detenido y que, a estas alturas, ha afincado en territorio estadounidense a unos dos millones de salvadoreños.

Estos miles de salvadoreños radicados —una buena parte de ellos de forma ilegal— en Estados Unidos son una realidad que nadie puede obviar. Sobre todo, nadie puede obviar el impacto económico de las remesas que envían diariamente al país. Decir que los gobiernos de ARENA han encontrado en ellas un paliativo para la pobreza estructural del país es volver sobre algo que solo los más ciegos se niegan a reconocer. También es casi una necedad insistir en que muchos de los presuntos logros sociales de los cuales ARENA tanto se ufana —los cuales son vendidos a los salvadoreños gracias a hábiles maniobras mediáticas— son resultado del impacto socioeconómico de las remesas, en particular en aquellas comunidades donde el movimiento migratorio ha sido mayor. Lo que es menos evidente y, por consiguiente, de lo que menos se habla es de cómo las remesas están contribuyendo a sostener un modelo económico excluyente, es decir, un modelo económico que expulsa a la población salvadoreña hacia el exterior. Así, por paradójico que parezca, quienes han sido expulsados del país, porque no han encontrado en él las condiciones básicas para llevar una vida digna, ayudan —con los miles de dólares que envían a sus familiares que aún permanecen en El Salvador— a que el modelo que los expulsó, alimentado por esos dólares, se siga reproduciendo. Con esto no se reprocha a los salvadoreños radicados en el exterior su contribución a la reproducción del modelo económico que los expulsó, sino que se constata la tragedia de una situación, en la cual —como ha sido constante en la historia de El Salvador— las víctimas del sistema económico aportan, con su sacrificio en el extranjero, las energías necesarias para su reproducción.

Una mirada al pasado reciente del país, en concreto, a la década de los años ochenta, ayuda a



entender este fenómeno. En esa década, al calor de la guerra civil —e influida, sin duda, por ella—, el modelo económico salvadoreño comenzó a experimentar una transformación drástica. El modelo agroexportador, y el sector industrial asociado a él, entró en un proceso de deterioro que, en la década siguiente, dio paso a un modelo económico no solo anclado en el sector terciario —las finanzas, el comercio y los servicios—, sino cada vez más dependiente de la maquila y de las actividades transnacionales.

Aunque la crisis del sector agrícola y el estancamiento del sector industrial comenzaron antes del primer gobierno de ARENA, este último sentó las bases del nuevo modelo económico. A partir de los años 1989-1994, gracias al maridaje entre el gobierno de ARENA y los grupos de grandes empresarios, vinculados a dicho partido, y por su medio, al Estado, iniciaron las reformas económicas que permitieron que una nueva oligarquía —financiera y comercial— se apropiara de la porción más grande de la riqueza nacional. Desde entonces, esta nueva oligarquía, con la ayuda de los siguientes gobiernos de ARENA, ha visto crecer su riqueza. Pero se trata de una riqueza improductiva, desvinculada del sector agrícola y del sector industrial; se trata de una riqueza que se multiplica gracias al favor del Estado, a la especulación y al consumismo.

La apuesta por un modelo terciario se tradujo —entre las élites de la derecha empresarial y política— en una renuncia no solo a potenciar el desarrollo agrícola e industrial del país, sino a integrar de forma coherente a estos dos sectores con el sector financiero y comercial. La apuesta por un modelo terciario supuso renunciar al compromiso estatal y empresarial de generar empleos suficientes, cualificados, estables y relativamente bien remunerados para la población salvadoreña. Una vez tomada esta decisión, era claro que el empleo no iba a ser suficiente, que la calificación laboral iba a estar de más y que los salarios no iban a ser satisfactorios. Es decir, se hizo evidente que la pobreza iba a aumentar, al mismo tiempo que las condiciones de vida de la mayor parte de la población empeorarían.

Seguramente, todo esto era conocido para los artífices del neoliberalismo criollo. Sabían también —y de esto caben pocas dudas— que buena parte de la población no permanecería con los brazos cruzados, ni tampoco se iba a rebelar; sabían que buena parte de esa población se iría a Estados Unidos o a cualquier otro país, tal como lo habían hecho los primeros emigrantes, movidos por razones económicas, en la segunda mitad de los años ochenta. Quizás, en un principio, no tuvieron claridad respecto a su contribución al modelo económico que estaban edificando, pero comprendieron muy bien que la emigración forzada de miles de salvadoreños era una buena solución para los conflictos potenciales que podrían generarse, una vez tomada la decisión de abandonar el agro y renunciar —a cambio de un esquema industrial de maquila— al modelo de desarrollo industrial, inspirado en las recomendaciones de la Comisión Económica para América Latina.

En este sentido, en primera instancia, la expulsión de salvadoreños y salvadoreñas al exterior sirvió como válvula de escape para contener posibles conflictos sociales, cuando el ajuste estructural, la reducción del Estado y las privatizaciones comenzaron a golpear a amplios sectores de la población. Pero pronto se hizo claro que, además de ser una válvula de escape social, la emigración, sobre todo hacia Estados Unidos, iba a cobrar un significado económico de gran envergadura. Desde la segunda mitad de la década de los años noventa, lo que antes solo se había insinuado, adquirió un perfil más nítido: el modelo económico terciario dependía, cada vez más, de las remesas enviadas por

los salvadoreños y salvadoreñas radicados en el exterior.

Al finalizar la guerra, la emigración a Estados Unidos y a otros países, lejos de detenerse, aumentó, año con año. En esa misma medida, también aumentó sin cesar el flujo de remesas. A finales de la década de los noventa, esas remesas se convirtieron, junto con el movimiento migratorio que las sostenía, en un componente imprescindible del modelo económico establecido. A esas alturas, los jerarcas de las finanzas —los ganadores del modelo terciario— eran plenamente conscientes de lo que significaban las remesas para la prosperidad de sus empresas. Eran plenamente conscientes de la importancia de esos miles de dólares frescos que a diario llegaban al país, los cuales había que capturar —“captar”, en la jerga de los banqueros— del modo más rápido posible y sin intermediarios. Es decir, había que introducir las remesas en el sistema financiero, al mismo tiempo que este último, al igual que el sector comercial y de servicios vinculado a él, se ponían en función de dicha captación.

En los primeros años del siglo XXI, las remesas constituyen uno de los soportes principales del modelo terciario. ¿Quiénes las envían? Los aproximadamente 2 millones de salvadoreños y salvadoreñas expulsados del país, debido a la incapacidad de su aparato económico para ofrecerles un trabajo digno y un mínimo bienestar personal y familiar. Es decir, quienes han sido forzados a la emigración por un modelo económico excluyente son los que lo sostienen y contribuyen a su reproducción. En la medida en que este modelo se perpetúa, no solo sigue exigiendo, para alimentarse —y para engordar los bolsillos de sus principales beneficiarios—, flujos constantes de dólares provenientes

del exterior, sino que también sigue expulsando del país a quienes, una vez radicados en el exterior, los enviarán.

Este es el círculo vicioso de las remesas, las cuales sostienen un modelo económico que, además, de excluyente, es inviable. Sostienen a un gobierno que, gracias a ellas, puede renunciar a su obligación de garantizar una vida digna a la mayoría de la población, a partir de un proyecto de nación incluyente, solidario y democrático. Hablar de un “círculo virtuoso de las remesas” es una ingenuidad, cuando no una manipulación interesada de la realidad. Es cierto que las remesas ayudan a que la vida de amplios sectores de la sociedad salvadoreña sea menos dura y precaria. Pero también es cierto que, gracias a ellas, se ha pospuesto la discusión acerca de un modelo económico insostenible, centrado en los servicios, las finanzas, el comercio y la maquila.

Las remesas, con todo lo bueno que puedan ser para las familias que se benefician con ellas, permiten a las élites de derecha —empresariales y políticas— desentenderse de los graves problemas del país y, de paso, proclamar —valiéndose de su poder mediático— la existencia de un país de fantasía, que ellas se han fabricado a su medida, es decir, el país reflejado en los grandes centros comerciales, los complejos financieros y los programas televisivos, en los cuales la superficialidad, la banalidad y la sonrisa fingida ocupan el sitio de honor.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ
Director del CIDAI y catedrático del
Departamento de Filosofía de la UCA
San Salvador, 20 de septiembre de 2005.